TÚ, YO Y

EL ALZHÉIMER

Hola, me llamo Pedro Garcia...perdón empecemos de nuevo, me llamo Pedro González...perdón, sé que me llamo Pedro. Perdonad a este viejo de algo más de ochenta años, mi edad exacta no os interesa y yo no la recuerdo. Os voy a contar una historia de cómo mis recuerdos se van diluyendo con el paso del tiempo.

Todo empezó un día que recién levantado recordé a todos mis compañeros de colegio, Juan "El cojo", que le llamábamos así porque un día jugando se cayó se rompió una pierna y le quedó una pierna más larga que la otra, Pedrito "El metralletas" llamado así porque era tartamudo, Antonio "El búho" que le llamábamos así porque tenía unas gafas que le agrandaban mucho los ojos, podría seguir describiéndolos a todos pero no es el caso que nos ocupa, el problema era que al levantarme estuve un rato que, ¡no era capaz de recordar donde estaba!. Hasta que mi mujer me llamó y recordé que estaba en casa. No le di mayor importancia. Esto me ocurrió con 60 años.

Esto fue el comienzo del mayor robo que me han hecho en la vida, es el robo perfecto puesto que todos sabemos dónde está el ladrón pero nadie puede detenerlo, ¿sabéis que me estaban robando? "Mis recuerdos". Me estaban robando lo que yo era, mis alegrías, mis tristezas, mis conocimientos...mi vida. ¿Pero sabéis que es lo peor?, que me los han robado sin yo recordar ahora que han existido.

Bueno, me estoy distrayendo de la historia; a partir de ese día, me empezaron a desaparecer las llaves, me cambiaban los periódicos, las citas del médico no venían los

amigos con los que había quedado, pequeñas cosas que yo le contaba a mi mujer enfadado, ya tantas cosas le conté que noté que mi mujer me empezaba a mirar con preocupación, y yo no lo entendía puesto que era culpa de los demás.

Recuerdo un día que salí a pasear, anduve y anduve, cuando quise mirar alrededor no reconocía nada, pensé ¿tanto he andado que no conozco mi alrededor? Cuando de repente, vi una cara conocida, pero sin nombre. Me saludó muy amigablemente. Yo con confianza le pregunté qué en que pueblo estábamos. Me miró preocupado y me dijo: pero Pedro, hombre, ¿no reconoces la plaza del pueblo? Yo desorientado le conteste que esa no era la plaza de mi pueblo, que la plaza de mi pueblo tenía una fuente en el medio y esta no, que la plaza de mi pueblo tenía bancos alrededor de la fuente y esta no, que la plaza de mi pueblo tenía muchos árboles alrededor de la fuente y de los bancos y esta no, que en la plaza de mi pueblo había siempre niños jugando a las chapas las peonzas... y en esta había niños con aparatos que yo no reconocía. Entonces él sacó un aparato igual que el de los niños y se lo puso a la oreja y habló con él. Yo le miré como si estuviese loco y él a mí también. No sé qué paso que a los diez minutos llegó una versión mayor de mi mujer Margarita con lágrimas en los ojos. Me miró con preocupación me agarro del brazo, y me llevo hacia casa.

A partir de este momento empecé a ir a médicos que me mandaban cosas divertidas, hacer crucigramas, sopas de letras, recordar imágenes. A mí me gustaban todas estas tareas, pero la que más me gustaba era salir con Margarita a pasear por el parque todas las tardes.

Recuerdo una tarde descansando en mi sillón, sentí como una niña de no más de seis años me tiraba de la mano, cuando la miré me dijo abuelo, yo la miré extrañado pensando que se confundía, puesto que yo no era abuelo. Pero como era tan simpática me dejé llevar por ella hasta la cocina de mi casa, donde estaba mi mujer Margarita, mi hijo Raúl y su novia Laura. Llegué con una sonrisa en la boca y les dije que de quien era esa niña tan simpática. Me miraron extrañados y con cara de preocupación. Mi hijo, después lo entendí, me había seguido la corriente, me dijo que era una sobrina de Laura, pero la niña le cogió el gusto a llamarme abuelo. Pasé una tarde agradable con la niña, y después de estar un rato riéndonos, cuando ya llegaba la hora de irse, la niña me volvió a decir abuelo; en ese momento algo cambió y reconocí a mi nieta Sofía. Cuando se fueron, triste por lo que había pasado me resbalaron por la cara unas lágrimas.

A partir de entonces mi mujer me dijo la verdad, todo lo que me estaba ocurriendo pasaba porque ese ladrón de recuerdos, al que yo todavía no había sabido poner nombre y que mi mujer hacía tiempo conocía, era una enfermedad llamada Alzhéimer.

Esta enfermedad, según me explicó mi mujer lo que hace es robar los recuerdos atesorados de una vida, de los más recientes a los más atrasados. De tal manera que cuando esté entrando en mi última fase volveré a ser niño y me levantaré cada mañana pensando en ir al parque a jugar con "El cojo", "El metralleta" y "El búho".